

INSTRUCCIONES PARA NO DISTRAERTE FÁCILMENTE EN MATEMÁTICAS (Y CÓMO FALLAR EN EL INTENTO)

Lo más probable es que te distraigas muy fácilmente en clases, y todavía más fácil es que te distraigas en clases de matemática. Si eres parte del 99% de las personas que se distrae (específicamente en matemáticas) adelante, pasa, eres bienvenido.

Ingresa a tu curso, ya mentalizado para esta larga clase llena de números y fórmulas sin sentido, pero que ¡ojo! , si no te los aprendes nos vemos en diciembre. Ahora sí, dejémonos de distracciones. Entra a clases, listo, preparado, e intenta no perderte en el coro de ruidos producidos por tus compañeros. Tampoco te pierdas en esa melodiosa canción que suena al fondo del curso, ¡vamos! ¡Deja de cantar! Bien, ahora haremos el gran intento de no ver esa minúscula mosca que está a más de tres metros de tu banco, pero que casualmente ves a la perfección.

Cuando hayas llegado hasta acá, lo más probable es que tu profesora de matemáticas ya haya escrito siete veces en el pizarrón, borrado más de cinco, esté terminando de explicar el nuevo tema y ¡oh! Mañana es la gran prueba, esa a la cual no tendrás tiempo de estudiar. En mi sincera opinión te aconsejo que lo intentes más tarde, nos vemos mañana en “INSTRUCCIONES PARA NO LLEGAR TARDE A CLASES”.

Instrucciones para escribir instrucciones

¿Cuál es la manera correcta de escribir instrucciones? ¿Tienen que ser precisas, o abstractas? ¿Muchas o pocas? Pocas veces en nuestras vidas decimos que vamos a escribir instrucciones, en especial si no es algo simple como los pasos a seguir para lavar los platos.

La respuesta a todos estos interrogantes no es para nada simple, no basta con sólo sentarse a escribir cómo se haría algo, o escribir una simple serie de pasos.

Para escribir una instrucción correctamente, dirija la imaginación hacia la persona que quiere instruir. Se pondrá en el lugar de quien leerá sus instrucciones, como usted que en este momento lee esta instrucción, o yo que la estoy escribiendo.

Cuando esté finalizando su texto, dejará en claro que escribir una instrucción no es tan sencillo y explicará otras maneras de realizar la acción que ya describió, o mencionará otras personas que la realizan y cómo. Extensión media de las instrucciones, quince renglones.

Final de " No dejes que una bomba dañe el clavel de la bandeja"

Una constelación de fusiles empezó a acercarse a lo que quedaba de las trincheras y Emilio Carranza supo que esa mañana de terminaba la guerra para ellos y que ahora sabía algo más de sí mismo. En ese momento, en el cual Emilio pensaba que ese sería su fin, que hasta allí había llegado su historia, se le cruzaron por la cabeza los mejores recuerdos con Mercedes hace tres años. El momento justo en el que ella sonrió con el clavel adelante de sus ojos claros. Emilio se sentía completado pero al mismo tiempo no quería morir, él quería volver. Volver con Mercedes para estar junto a ella otra vez y continuar su historia juntos. Todas estas cosas pasaban por su cabeza mientras escuchaba gritos, disparos, hombres agonizando. Ahí tirado en el suelo, dolor en todo el cuerpo. Absolutamente todo. Los ojos llenos de lágrimas. Emilio lentamente tomo el clavel. Aquel clavel que tomo en el 79 de la bandeja de copas de jerez. El clavel que le regaló a Mercedes. El clavel que marcó un antes y un después. Lo colocó sobre su pecho mientras veía a sus propios amigos desangrarse a su alrededor en las islas Malvinas.

Continuación de "El cavador"

(...) No supe por qué pero comencé a dar pasos hacia el pozo con la mirada en alto, ya que cada vez que lo miraba sentía culpa por alguna extraña razón. En ese instante, supe que mi hora había llegado, que todas mis dudas sobre el pozo y ese hombre tan extraño, se aclararon y que todo pasaba por algo. No tuve otra opción que tomar la pala y empujar al cavador hacia el pozo, su pozo, ese hoyo tan profundo y oscuro que debía ser ocupado por alguien, y ese alguien era ÉL.

“No dejes que una bomba dañe el clavel de la bandeja” (redacción del nuevo final)

Mientras seguía acariciando el pelo de su compañero se dijo que él, había nacido, entre otras cosas, para que Mercedes Padierna le repitiera para siempre que esos fusiles podían ser el fin del mundo pero que no lo serán, amor, no lo serán porque una vez, cuando tenías quince recién cumplidos, estiraste el brazo y sacaste un clavel de una bandeja para dármelo.

Aquellos fusiles no serían su fin; no serían el fin de esa historia de amor; no lograrían terminar con aquel hecho que marcó su vida para siempre; y no acabarían con su máxima muestra de valentía. Emilio, se había propuesto impedir que aquellas armas de fuego, no solo acabaran con la vida de todos aquellos soldados, sino también con su historia de amor. Allí fue, cuando retomó fuerzas y logró poner en marcha un plan, un proyecto que cuando se llevara a cabo lograría darle al menos un poco más de tiempo, para poder así recordar el acto más valiente que nunca nadie realizó jamás.

Guadalupe T. 4° CN II

Una constelación de fusiles empezó a acercarse a lo que quedaba de la trinchera y Emilio Careaga supo que esa mañana se terminaba para ellos la guerra y que ahora sabía algo más de sí mismo. Emilio esperaba la muerte y mientras lo hacía miraba a sus compañeros, los cuales con lágrimas en los ojos rogaban salir vivos de allí, pero Emilio sabía que no había posibilidad de que eso pasara. Sin embargo a él no le importaba morir y, recordando aquel día en el que conoció a Mercedes los fusiles tocaron el suelo ese fue su último pensamiento. Los roles se invirtieron y ahora era Mercedes quien sumergida en una gran depresión recordaba el día que Emilio le dijo “voy a volver”.

Francisco L. 4° CN II

“Como hacer para que no te reten las profesoras”

Allá en el fondo de la tercera fila del curso de 4°CN II, para ser más específico en el penúltimo banco se encuentra el peor lugar para sentarse, donde te encontrarás rodeado de engendros que te hipnotizan con cada una de sus charlas, donde los debates son interesantes y chistes tan buenos, que suelen despertarte del sueño profundo por el que se ingresa a la escuela cada mañana. El problema siempre comienza cuando a uno se le ocurre una historia buena que contar, luego continua otro y así... Ese momento de tanta diversión queda arruinado, cuando a uno decide cambiarse de lugar para que la profesora no lo rete, tanto a uno como a todo el grupo. Ese sacrificio tan triste, da sus frutos, para pasar de año y continuar teniendo a los engendros de compañeros.

“No dejes que una bomba dañe el clavel de la bandeja”

[...]. Aturdido por sus pensamientos, Emilio seguía intentando encontrarle fundamento al destino. ¿Por qué así? ¿Qué había hecho mal? ¿Debería haberlo sabido? ¿Realmente era la única solución? Es imposible afirmar que Emilio no sintió miedo, que estaba tranquilo y no le preocupaba el hecho de dejar la vida en un lugar al que ni siquiera buscó entrar. Pero, a pesar del pánico que generó la situación, existía algo que sí calmaba y mantenía cuerdo a Emilio: Mercedes. Era su novia quien había mantenido caliente su corazón todos esos días de frío. Él sabía por ella que el amor existía y que era una fuerza que ignoraba al tiempo y al espacio, que llegaba para quedarse. Así, en esa trinchera junto a sus compañeros esperando lo peor, Emilio pensó en Mercedes y, por un momento, su estómago se sintió lleno y su cuerpo dejó de lado el dolor y el cansancio.

Si había algo que tuviese el poder de dañar su corazón, no serían esos disparos, no serían aquellos pobres soldados hambrientos de lo que ellos llaman patria. El amor era más, y tanto Emilio como Mercedes lo sabían.

De pronto, un fuerte estruendo fuera. Su sonrisa no podría haber sido más notoria.

“Continuidad de los parques” de Julio Cortázar

(...) la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela. Cada vez se iba acercando más al sofá aterciopelado. El silencio lo seguía ayudando y acompañando, todo estaba saliendo muy bien. En ese momento, sentía un poco de culpa, pero pensaba que mientras más se acercara la culpa iba a ser menor. Veía que la cabeza del hombre estaba cada vez más abajo, como si se estuviese quedando dormido; y en ese momento sentía que el plan se le escapaba de las manos. Empezó a preocuparse. Los ventanales se movían cada vez más y se estaba haciendo de noche. Pensó que si era de noche, el hombre iba a cerrar los ojos, y tal vez no iba ser tan difícil lograrlo. Dio el último paso, con un ruido muy fuerte, extraño. Con el cuchillo en la mano muy en alto, respiró, e hizo que la gravedad junto con su fuerza, hiciera lo suyo. La cabeza del hombre, esta vez, se movió para un costado, y cayó.

CONTINUIDAD DE LOS PARQUES - JULIO CORTÁZAR

Y uno pensaría que con tanto ruido hecho el hombre levantaría la cabeza con asombro, pero no fue así. Siguió sumergido en su lectura, esperando, ¿pero qué esperaba? Él estaba en shock, y así estuvo unos instantes, observando como el pecho del lector subía y bajaba con tranquilidad, y cómo resonaba el pasar de las hojas. Leía con lentitud, como si él no estuviera ahí. Decidido se acercó con firmeza y con su puñal en alto, listo para salirse con la suya. Parecería que hoy su día no era. De repente la puerta del salón se abrió con un estruendoso ruido y, de un momento a otro sólo se escuchaban dos cosas; el agudo rechinado de la madera del piso en contacto con los pies descalzos de la mujer y; el eufórico grito de nuestro lector en el cual se alcanzaba a escuchar un “Sabía que vendría”. La mujer entró a la habitación llorando, con su largo cabello castaño enredado y el rímel corrido, pero eso no le impidió acercarse a su amante y rogarle que mejor no, que cancelaran el plan. Esas instrucciones nunca las debería de haber dado decía la mujer entre fuertes sollozos. Él la miró a sus amargos ojos café y cayó de rodillas con un ruido sordo, aún con el arma en mano. Ella era su debilidad, lo sabía perfectamente. Un relámpago hizo que las luces de la casa vibraran, y cuando éstas volvieron a su normalidad, en el suelo del gran salón se podía observar los cuerpos ya sin vida de los amantes. Él no podía vivir sin ella, pero ella ya no quería vivir con él, su cara lo decía, palabras sobran; por eso una acción lo cambió todo, una difícil decisión, una vida juntos no, una muerte juntos, sí.

Y de un momento a otro sólo veíamos al lector sentado en su sillón rojo derramando unas cuantas lágrimas sobre su novela. El final había llegado y las imágenes se repetían en su mente una y otra vez. La espera había acabado.

(...) Y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo del sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela. El viento hacía volar suavemente el vestido de la joven, sabía que luego de ese “falso adiós” sería libre, libre de abrir el cerrojo de una pasión que ya no sería tan secreta, libre de culpas y penas toda la historia de su matrimonio, al comienzo una intensa llamarada y en un parpadeo una pequeña vela casi extinguida, sería finalizada con un corte limpio.

Se supondría que el ligero movimiento de la cuchilla bastaría para terminar con toda culpa, pero no sería tan fácil. La melancolía inundaba sus pensamientos y las lágrimas correteaban sobre sus suaves mejillas. La historia de su amor no sería reemplazada ni mucho menos olvidada. Lastimando sus pequeños pies con las ramas y hojas secas del bosque en donde alguna vez habría sido feliz, corrió a la cabaña y allí estaba, el hombre sereno en la silla y el arma blanca a unos pocos centímetros de él. La muchacha en un fuerte chillido advirtió a su esposo de lo que ocurriría, pero el amante sintiéndose casi asqueado de la traición que había sufrido, camino hacia ella y en un golpe limpio, casi perfecto, el puñal tiñó el vestido de la joven de un rojo intenso, un rojo similar al de la rosa con la que todo habría comenzado pero que finalizó con una incontrolable necesidad de venganza.

“Continuidad de los Parques”

Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo la novela. En ese momento capta la señal indicada para atacarlo, como con toda su fuerza pero no le sirvió de nada. Julio captó el sonido de los pasos en una milésima de segundos y salto del sillón. Entre miedo e insultos logro agarrar su arma de defensa, ni más ni menos que el bastón de su abuelo. La lucha comenzó, se desplazaron por todo el salón pero llegó un punto en el que Julio quedó acorralado, estaba entre el puñal y el precipicio. Él no le temía a las alturas así que se lanzó al vacío, por suerte, cayó en uno de esos robles que tanto apreciaba. Julio ganó tiempo para fugarse, subió a su auto y se dirigió hacia la ruta, tomó un par de desvíos con los que se sintió aliviado, la pesadilla había pasado. Recorrió unos 10 kilómetros al norte, el amanecer se hacía ver, el aire frío penetraba sus fosas nasales. La tranquilidad y el ruido de los pájaros le hicieron perder absolutamente el control de su auto, el mismo dio un par de vueltas hasta que finalmente despertó, todo había sido una gran pesadilla.

FIN

Malena C. 4to CN II

Una constelación de fusiles empezó a acercarse a lo que quedaba de las trincheras y Emilio Careaga supo que esa mañana se terminaba para ellos la guerra y que ahora sabía algo más de sí mismo. A lo lejos se veían ellos, todos esos soldados con la derrota en las manos pero la victoria en el corazón. Se iban, dejando todo en esas zanjas. Destruídos pero convertidos en héroes.

Tanto bailar los había dejado exhaustos, todos sentados en la escalera de la salida del salón. Una de las mejores noches de su vida. A Emilio Careaga nadie podía sacarle esos ojos de victoria y esa sonrisa dedicada a Mercedes Padierna, su trofeo de guerra, su tierra ganada. Su clavel era el más lindo de la bandeja.

Facundo C. 4to CN II

Una constelación de fusiles empezó a acercarse a lo que quedaba de la trinchera. Emilio Careaga no sabía qué hacer, tenía una inquietud muy grande, quería salvar a su compañero y a él mismo pero se creía incapaz. Si sintió como tembló el suelo con el primer fusil y fue en ese momento cuando Emilio recuerda lo que hizo ese día, en la fiesta, que aunque ninguno de sus amigos logró persuadir a Mercedes, él fue capaz de romper ese hilo entre el miedo y la valentía, que habló sin miedo de lo que podría pasar. Cuando se sintió el segundo fusil. Emilio Careaga se armó de valor y rompió ese hilo por segunda vez en su vida, levantó a su amigo y corrió, se sentía indestructible. Acto seguido llegó a una embarcación. Lo había logrado.

Fausto S. 4to CN II

El hombre estaba de espaldas a la puerta por donde él había entrado. Sobre el respaldo verde del sillón él puede apenas ver parte de la cabeza del sujeto, casi inmóvil, viendo directamente al libro, fumando sin apenas apartar la vista de él. Sin querer estorbar la lectura del hombre, el amante, muy curioso y sin comprender qué pasaba, trató de reconocerlo. En un intento de asomarse para poder ver su rostro, una pisada hace que el antiguo piso de madera cruja, rompiendo todo aquel silencio que abundaba en la sala. El lector, suponiendo que era su mayordomo, se volteó y miró atrás enojado hacia el lugar donde el amante estaba parado sosteniendo el puñal. El hombre se sorprendió al ver lo que ve: absolutamente nada, pues una vez que la lectura fue interrumpida, todo el mundo en el que había entrado, desaparece por completo.

Fausto S. 4to CN II

Emilio recordó el valor que tuvo cuando le dio el clavel de la bandeja a Mercedes, él quiso que aquel recuerdo sea lo último que piense estando en la tierra. Que Mercedes, su primer amor, sea la última persona en la que pueda pensar para despedirse de ese mundo cruel, de aquel hostil entorno. Pero al haber meditado todo lo acontecido cuando él apenas tenía quince años, se armó de valor, y ocurrió lo mismo que cuando tomó la flor. Alguna fuerza ajena a su intención inicial de permanecer cubierto lo hizo tomar su arma y empezar a disparar al lado enemigo, a aquel horizonte por dónde venían esas ráfagas de fusiles. Lleno de furia y sin siquiera pensar en lo que hacía, vio como el resto de sus compañeros en pie hacían lo mismo: descargar su ira, su temor. Se dieron cuenta que en vez de esperar a la muerte, debían combatirla, después de todo, no tenían nada que perder.